

CICLO DE ENCUENTROS
“TRAYECTORIAS”
Edgardo Cordeu

Entrevista realizada por Noelia Enriz,
Soledad Gesteira
y Soledad Torres Agüero



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el *Ciclo de Encuentros “Trayectorias”*¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina. Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista a Edgardo Cordeu, realizada en su hogar en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires durante el año 2010.³

Edgardo Jorge Cordeu (Buenos Aires, 1935) es uno de los primeros egresados de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. Es Licenciado en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras, y Doctor por esa misma casa de estudios. Ha sido profesor titular de la asignatura Antropología Sistemática III (Facultad de Filosofía y Letras - UBA) y alcanzó el rango de Investigador Superior en el CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). Desde 1966 realizó numerosas investigaciones etnográficas en el Chaco argentino y paraguayo entre los indígenas Toba, Chorote, Ebidóso y Tomaráxo. Se ha especializado en simbolismo religioso aborigen, haciendo grandes aportes en lo relativo a los patrones de representación del mundo de las citadas poblaciones. Los diversos aportes de estas investigaciones se plasmaron en más de 80 títulos científicos de su autoría.

Voy a cumplir 75 años el próximo mes... ¿Mis orígenes?... son los del 90% de los argentinos. Es decir, tuve un padre de raigambre española, posible descendiente de viejos catalanes (mi apellido no deja lugar a dudas en ese sentido), pero que curiosamente, por razón de las guerras carlistas, habían migrado a Navarra. El hecho de que fueran allí define evidentemente su ideología, que no era precisamente liberal. En Navarra se radicaron en un pequeño pueblecito, Lumbiers, donde todavía hay algunos parientes. Luego, integrando grandes bandadas de primos o hermanos, emigraron a Argentina, y en general a la mayoría le fue muy bien.

Mi padre era un médico muy activo, muy trabajador; un hombre simple pero realmente una excelente persona. Mi madre, en cambio, tenía otros orígenes: una rama italiana por su abuela; y una rama francesa por parte de quien fue su padrastro desde muy niña, una figura muy singular. Era un francés de buena familia, sumamente capaz en el arte del moldeado del vidrio, lo cual le permitió instalar un taller artesanal donde se manufacturaban, literalmente, las componentes de vidrio de muchos instrumentos médicos. Esa actividad le permitió conocer a los mejores representantes de la medicina argentina de su

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Torres Agüero y ajustada a formato de texto, incorporando aclaraciones y modificaciones en función de potenciar la legibilidad del relato. De este modo, el texto presenta algunas diferencias con la entrevista.

época. Inclusive, creo que tuvo una buena relación personal con este doctor cuya calle está aquí a la vuelta, Agote, el inventor de una técnica de conservación de la sangre utilizada luego en las transfusiones. Recuerdo aún una anécdota contada risueñamente por mi madre: el doctor Agote tenía un mucamo gallego quien, fusionado mental y anímicamente con su patrón, se arrogaba su título y su nombre. Así, una noche cayó a buscar un instrumento, anunciándose a los gritos en la puerta: "¡Soy el Doctor Ajote (sic)!" Eran las cosas de una Argentina que ya no existe: tener mucamos gallegos o sirvientas yugoeslavas, en los años 20/30, era bastante común.

Nací en el Hospital Militar. Mi padre era médico del ejército. Vivo en Recoleta que es mi alfa y mi omega. Cuando nací, tengo entendido que vivíamos entonces en la calle Ayacucho, a tres o cuatro cuadras de Las Heras. Pero al año o dos, nos trajeron a otro departamento aquí a la vuelta, a Guido y Pueyrredón, edificio que todavía existe y que es realmente un foco de recuerdos infantiles inolvidables. Me llevaban a jugar a la Plaza Francia, cruzábamos Libertador, y donde está ahora la Facultad de Derecho, en esa época, sólo había unos fosos enormes porque ahí habían estado antes las antiguas obras sanitarias, recientemente mudadas a Palermo. Exactamente eso recuerdo de chiquitito.

Pero recuerdo incluso que, cuando tenía tres años, vi pasar por la avenida Pueyrredón (me contaron que eran ellos) a los marineros del Graf Spee que iban a enterrar a su comandante al cementerio alemán; supongo que iban muy bien formados, por supuesto. Era el año 1939, el Graf Spee fue por diciembre del 39 que cayó. Recuerdos.

Estuvimos en ese departamento hasta los años 40 (si no me equivoco), año en que a mi padre, no sé por qué, se le ocurrió comprarle a un alemán una quinta en Glew. Situado antes de San Vicente, en esa época Glew era un pueblo totalmente campesino, no había una sola calle asfaltada. En la quinta vivíamos en forma permanente, no existía el *weekend* en esos tiempos, era otra Argentina. Mi padre, para ir a trabajar, se levantaba a las 5 de la mañana y volvía a las 8 de la noche. Era una vida muy esforzada la de la Argentina de esos tiempos.

En el año 43, como Glew estaba demasiado lejos, mi padre vendió la quinta y nos mudamos (siempre en el sur) a Adrogué a comienzos de ese año. Primeramente, vivimos en una pensión, después alquiló un chalet muy simpático. Todavía existen todas esas casas. En el año 48, construyó la casa que tuvimos definitivamente. En Adrogué, en el año 43 y 44 (lo voy confesar), me mandaron a primero inferior, o superior, creo... No, a primero superior y segundo grado, a un colegio de monjas, el Colegio de Nuestra Señora del Carmen. Anteriormente, había hecho el primero inferior que existía en esa época en Glew. En el año 48, ingresé al Colegio Nacional de Adrogué, que ese año había inaugurado su nuevo edificio sobre una parte del amplio parque de viejo hotel Las Delicias.

¿Qué fue lo más relevante del colegio nacional? Alrededor del tercer año experimenté una vocación creciente por las ciencias naturales. No sabía mucho de eso, y aunque me gustaban las ciencias naturales en general, aparentemente prefería la biología. ¡Y ahí terció la influencia nefasta de la tía Juanita, hermana de mi padre, una filósofa egresada de nuestra facultad, quien empezó a decir que con las ciencias naturales era muy difícil ganarse la vida! ¡Y ahí jodió, jodió, jodió, hasta que pareció ser que mi vocación era la química! Al final, me decidí

por estudiar química cuando ya estábamos en quinto año.

Quinto año, íbamos al colegio, nos hacíamos la rata, hablábamos y hablábamos en los cafés, nos juntábamos e íbamos a los conciertos de la Facultad de Derecho. No sé si recuerdan, antes había unos conciertos públicos en la Facultad de Derecho con la Orquesta Sinfónica de Radio del Estado, que a veces eran buenos o malos, pero íbamos. Leíamos...

Para ingresar a la universidad, en ese año 1952 había todavía cursos de ingreso. Después, ese mismo año fueron casi inmediatamente levantados porque a Perón se le ocurrió la piolada de decretar el ingreso irrestricto. El ingreso irrestricto fue un don suyo tratando de seducir a los estudiantes.

A los 18 o 17 años, en coincidencia con mi ingreso en Ciencias Exactas, el intendente de Adrogué me dio un puestito municipal con el cual viví un par de años. Me mandaron a muchos lugares. Trabajé en algo que se llamaba Salud Pública, donde armé un quilombo terrible por clausurar una vinería: intenté clausurarla porque era una mugre. Después trabajé en algo que se llamaba el Vivero Municipal y lo dirigía un personaje particular, un bacanazo, Sánchez de Bustamante, presidente del club de tenis de Adrogué y presidente también de la delegación argentina a las Olimpiadas de Londres. Creo que habían sido las del 48, una cosa así, o el 47. Incluso..., a lo mejor perdemos el tiempo con pequeñas anécdotas. Ahí va otra. Sánchez de Bustamante (quien sería muy bienudo pero era argentino), se fascinó con unas copitas, en las que servían no sé qué licor ni en cuál recepción. Se le ocurrió entonces robarse una y puso dos deditos para agarrarla, dos deditos por el lado de adentro para levantarla y ponérsela en el bolsillo. ¡¡¡Y en esos momentos aparece nada menos que Isabel II a saludarlo, y el pobre siempre con la mano en la copita!!! No sé cómo lo resolvió, pero él siempre lo contaba.

“Palavecino me empezó a insistir... el futuro es la antropología”

En el año 55 pasaron varias cosas. Me había tocado la conscripción y la hice en la Policía Federal, ¿se acuerdan de los agentes conscriptos? En vez de ser sorteados para el ejército o la marina, quedaba la opción de que unos meses antes uno podía inscribirse en la Policía Federal para ser por un año agente conscripto. Como agente conscripto me pasaron cosas realmente interesantes. Primero estuve en la Comisaría 20. Después, a instancias de mi padre quien tenía amigos allí, fui al Gabinete Químico, que era una verdadera célula de antiperonistas furibundos. Siempre me acuerdo del inspector Riglos, otro que odiaba a Perón como nadie. Y bueno, aparte de trabajar en el Gabinete Químico... No, miento, esto sucedió todavía en la Comisaría 20 (fue una de las mejores historias de mi vida), cuando llegó el mes de junio (un quilombo era) nos mandaron a varios lugares. Primero fui a la Comisaría 19, que nos usaba para rodear lo que es ahora la Biblioteca Nacional y en esa época era la residencia presidencial. Ahí me tocó ver a Perón una vez, paseando a lo lejos no sé con quién (creo que era el mayor Aloé) y con un perro. ¡Pero no eran los perritos bandidos! Era un perro de caza, un pointer, o algo por el estilo.

Después, para el 16 de junio, nos habían mandado a la Guardia de Infantería. ¡16 de junio, lo recuerdo muy bien! Tenía que ir a la Guardia de Infantería. Se sabía ya del primer bombardeo a Plaza de Mayo, y entonces fui antes a la comisaría de Adrogué a ver si sabían algo pero no sabían nada, ¡estaban cagados hasta las patas! Me vine pues a Buenos Aires, pero antes de ir al Departamento de Policía pasé por Plaza de Mayo a ver qué pasaba. ¡Llegué justamente luego del primer bombardeo! Me acuerdo caminando por lo que es ahora la acera del Ministerio de Finanzas. Parecía jabón eso por lo resbaladizo, a causa de los vidrios triturados de las ventanas. Recuerdo que se oyeron unos ruidos, y la gente empezó a correr desesperada, tropezando. ¡Ahí no se me ocurrió mejor cosa que sacar la pistola, apuntarles y gritarles que pararan! ¡Entonces por fin se dieron cuenta de que estaban a punto de masacrarse entre ellos si seguían corriendo, y me aplaudieron!

Desde ahí me fui caminando al Departamento de Policía. Poco antes de llegar, me llaman y entro a un bar donde había un grupo de la Guardia de Infantería cuerpo a tierra, en el preciso momento en que ocurrió el último ataque al Departamento de Policía. ¿Qué había pasado? Que desde el Departamento le tiraron a un caza naval NA con un fusil ametrallador Madsen. ¡El caza se dio cuenta, dio la vuelta, volvió, los ametralló, y ahí mató a los servidores del Madsen! ¡Pero eso fue una de las últimas! Bueno, volvimos con este grupo de la Guardia de Infantería al Departamento.

Después nos usaron esa noche hasta el día... Sí, primeramente nos mandaron a hacer guardia en Paseo Colón. Después, a recorrer la ciudad; ahí vi algunas, a lo lejos, iglesias incendiadas. Después nos volvieron a Paseo Colón. Ahí el subinspector que mandaba al grupo (bien miliquito él, bien canita) a alguien, que no sé qué macana había hecho, cuando el tipo le respondió: "Caramba" a sus reproches, le contestó: "¡Caramba no, pija!". ¡Pero después hizo abrir un local, nos dio a todos de comer unos sándwiches, y finalmente (tenía autorización para eso) golpeó en la entrada del Hotel Jousten (el mismo donde solía alojarse Alfred Métraux) que estaba en Corrientes y el Bajo, y nos hizo dar una cama a cada uno para que durmiéramos un rato. Eso es lo que recuerdo del 16 de junio.

Después, en el ínterin entre julio y septiembre, ahí sí ocurrió el traslado desde la Comisaría 20 al Gabinete Químico donde conocí a Riglos. En el Gabinete hacía análisis químicos. Me acuerdo que me habían puesto bajo la férula de un flor de tipo, ¿cómo se llamaba?, un doctor que era profesor en la Facultad de Bioquímica pero, insisto, era muy buen tipo y realmente sabía.

Pero, aparte de eso, cuando la cosa fue empeorando entre agosto y septiembre, nos mandaban de noche a hacer recorridas en un patrullero. Eran muy divertidas porque íbamos con Riglos a las puteadas contra Perón. Una noche nos tocó venir a la Comisaría 19 donde habían agarrado a un grupo de acá, de gente del Barrio Norte. ¡Estuve a punto, en un momento en que quedé solo, de afanarme una Parabellum y no pude! Mejor dicho ¡no me animé! ¡Una de esas, sí que me acuerdo!

Llegó septiembre. Nosotros teníamos en Adrogué un vecino, el contralmirante Agustín Penas. El gordo Penas había caído el 16 de junio preso, lo habían condenado y estaba en la antigua Penitenciaría Nacional. O sea que nosotros, sus vecinos, quedamos a cargo de sus dos hijos ya que era viudo Penas.

¡Me acuerdo del Chichi Penas que comía...! ¡El otro era muy prudente, pero era imposible satisfacerle el hambre al Chichi Penas!

Luego ocurrió septiembre, y todos felices con la Libertadora. Llegó fin de año, se acabó mi periodo en la policía, y ahí pasaron varias cosas. Una de ellas fue que Penas, muy agradecido con nosotros, me consiguió en 1957 durante el Año Geofísico Internacional un trabajo de químico en la Marina, una institución que me marcó la vida.

Por un lado, eso. Por otro lado, tan relevante como lo anterior, me puse de novio con una chica vecina, la hija de un psiquiatra que era terrible. Esta chica vecina, estudiante en la Pueyrredón, una de las escuelas de pintura, no sé cómo tuvo un enganche con Enrique Palavecino, y Palavecino le pidió que le hiciera unos dibujos para un trabajo suyo. Entonces, siempre quedábamos en que la fuera a buscar cuando terminaba su trabajo en casa de Palavecino. Así lo conocí al gordo. Era un tipo realmente apasionante. A quien no lo conoció, es muy difícil transmitirle quién era realmente Palavecino: un hombre con carisma. Vago y abúlico como era, era también tremendamente inteligente, tremendamente seductor.

Yo andaba medio en crisis con la química. Me empezó a insistir entonces: "Y, si ya no te interesa la química, el futuro es la antropología. ¡La antropología es más que la filosofía, la filosofía es demasiado provincial! La antropología es, en cambio, un registro de todas las costumbres y todas las posibilidades del pensamiento humano"... ¡¡¡Y blablablá hinchaba el viejo, me prestaba libros y me quedó la espina!!!

Eso, por un lado. Simultáneamente, como les dije, el almirante Penas me consiguió ese trabajo en Hidrografía Naval. Ahí empecé a aprender la química del agua del mar y a navegar, navegué mucho. Fui a Sudáfrica un par de veces, fui a la Antártida, conocí el Atlántico sur. Y es interesante. Es interesante porque un buque es una rara conjunción de disciplina, sí, pero al mismo tiempo, de valimiento de la iniciativa personal: eso realmente es importante. Es raro, se trata de un lugar donde, paradójicamente, la libertad es *con* y a la vez *contra* un sistema de reglas. Se trata de una dinámica muy curiosa, que quien no la vivió realmente no la va a poder entender jamás. ¡Pero los análisis químicos del agua del mar son lo mismo que manejar una calculadora; están tan estandarizados que terminan por transformarse en algo muy aburrido! ¡Simplemente se limitan a determinar cuánto de esto, de aquello, de lo otro, tiene tal muestra de agua de mar!

O sea, que a medida que se daban de palos el aburrimiento de la química con la fascinación de la antropología ¿qué ocurrió? Ya había llegado a cuarto año de Química, tenía que anotarme en Físico-Química (justamente la materia del doctor Puente con quien habían comenzado muchas cosas). Creo que lo dije muchas veces ya. La Facultad estaba en la calle Perú. Ahí, en la Oficina de Alumnos uno gestionaba la inscripción en el año y, con la libreta habilitada, la inscripción en cada materia la gestionaba ante el Jefe de Trabajos Prácticos. Fui, pues, a ver al JTP para que me anote, ¡y el JTP no estaba, faltó! Fue una cosa muy rara. Empecé entonces a caminar por Perú, por Florida, por aquí, por allí, y acabé en la calle Viamonte frente a la Facultad de Filosofía y Letras, donde dije: "¡Me quiero inscribir!". "¡Mire, señor, no se puede porque la inscripción ya

concluyó! ¡Tendría que esperar hasta julio!"

Todo esto era en marzo, y entre marzo y julio de 1958. En esa época navegaba mensualmente en Mar del Plata. Ahí conocí justamente al capitán Astiz, comandante de un remolcador en esa época. Pero, cuando estaba en Buenos Aires, trabajando en hidrografía, terminaba a las 2 de la tarde. Y entre marzo y julio me iba a la Facultad de Filosofía y Letras como oyente. Iba a las clases, iba a los trabajos prácticos. Llegó julio, y llegó el día del examen de ingreso que era una pavada: una traducción del francés, creo, no sé si había un cuestionario de temas de cultura general. Era más bien un examen proforma el examen real, que un examen real. Aprobé, y me inscribí en las primeras Introducciones a la Historia, a la Sociología, a la Psicología.

En 1959 se creó la carrera de Antropología. A mí (no recuerdo el motivo), en la libreta universitaria, me inscribieron directamente en Ciencias Antropológicas, en cuyo Plan de Estudios no figuraba Gramática Castellana. Lo cual, me arrepentí después, dio origen a cierto pleito (que finalmente gané) pidiendo ser eximido de dicha asignatura ya que no estaba en el Plan de Estudios de la Carrera. Lamentablemente me dieron la razón y no la hice. Digo "lamentablemente" porque creo ahora que Gramática Castellana era una materia fundamental. ¿Quién la daba? La viejita esta, sí, debe haber muerto ya seguramente, Ana Barrenechea. Barrenechea, creo, fue la primera persona que dio en la facultad una introducción bien dada a la lingüística moderna.

Mis compañeros más relevantes fueron Eduardo Menéndez (con quien me costó muchos años llegar a construir una buena relación, ya que nos tuvimos de entrada una antipatía recíproca mortífera). Fue probablemente por celos de que Bórmida prefiriera a uno o a otro; de ahí vino la madre del borrego. Aparte de Eduardo Menéndez, los restantes compañeros eran Blas Alberti, Jorge Bracco, con quienes salíamos juntos de noche: íbamos a comer, íbamos a charlar, íbamos al teatro. Eran también Carmen Muñoz, Mirtha Lischetti, Celina Gorbak. Ese era, por así decirlo, el grupo más próximo, más íntimo. Fue una época difícil realmente de describir en términos de convivencia y atmósfera mental. Al principio, realmente todos nos sentíamos apóstoles de una nueva religión. Nos llevábamos bien, nos queríamos, salíamos juntos...

Había una figura congregante de los estudiantes de la carrera, que indudablemente era Marcelo Bórmida. Ahí empezaron las primeras disensiones. Bórmida se había formado en ciencias naturales en Italia. Había sido discípulo de Sergi, había hecho la guerra, cosa que para mí es absolutamente respetable. Su padre y él habían hecho la guerra... Bueno, su padre había hecho incluso la guerra del 14. Vino en 1947 aquí y se puso a estudiar Historia, recomendado a Imbelloni. Estudió Historia y empezó a trabajar con Imbelloni desde muy joven. Fue una relación muy difícil la suya con él. Imbelloni era un genio, pero un genio muy autoritario y muy jodido. Bórmida era un hombre que, en esos momentos, nos traía lo que parecía ser (y era en muchos casos) la bibliografía más moderna. Era un profesor eximio, personalmente muy atrayente; tenía capacidad de caudillaje (no me gusta utilizar la palabra "liderazgo").

¿Qué pasó entonces? Que la gente joven fue seducida por Bórmida, con bastantes celos de Palavecino quien también tenía lo suyo. La cosa se politizó, porque había que constituir inmediatamente el Departamento de Ciencias

Antropológicas. Entonces, para la dirección de dicho departamento hubo un candidato oficial muy a tono con la Libertadora, con la Reforma Universitaria, que fue Márquez Miranda (con quien tuve cierto parentesco político lejano por vía de su mujer), al cual apoyaban abiertamente todos los integrantes oficiales de la universidad de entonces, es decir, el Partido Socialista, el Partido Comunista, los liberales. Pero, por el otro lado, a la gente joven se nos ocurría que el candidato renovador tenía que ser Marcelo Bórmida. Blas Alberti, Menéndez, yo, Ratier y algunos más, Bracco, hinchábamos del lado de Bórmida. Las chicas del grupo de Carmen Muñoz (estupenda en esa época), con quienes éramos personalmente muy amigos, Lischetti, Gorbak, Marina Núñez del Prado (quien lamentablemente se perdió luego), hinchaban por Márquez Miranda que acabó ganando. Lo cual, en esos momentos, si bien planteó un punto de fricción, no concluyó en ningún conflicto entre nosotros, igualmente seguimos amigos como siempre. Ese fue el primer año de la carrera de Antropología.

Después, parodiando a Sartre, Blas Alberti dijo alguna vez que la antropología tenía que ser comprometida. Entonces empezó la larga historia acerca de qué se entendía por “el compromiso de la antropología” y de cómo debía ser asumido. Empezaron además ciertas luchas de intereses ligadas a varios anuncios de concursos, empezaron muchas cosas. Empezó cierta crisis con Bórmida, que en esos momentos había abandonado su idea de hacer etnología. Me acuerdo de eso: imaginaba que podríamos comprar una canoa o dos, y largarnos a recorrer los ríos del Brasil. Él estaba en esa época fascinado con los Gé, pero pronto se dio cuenta de que era una ilusión una expedición de ese tipo. Realmente, en el fondo no sé por qué, decidió en ese momento su opción por la prehistoria. Así, Bórmida se hizo prehistoriador, lo cual obviamente le obligó a reclutar otros elencos. ¡Pero pasaron..., me acuerdo de tantas cosas que pasaron...!

“Desde la llegada, me enamoré del Chaco”

Alrededor de los años 61 o 62 empezó también cierta pugna entre Lafón y Palavecino. Palavecino una vez se fue de viaje. Asumió entonces interinamente Lafón la Dirección del Museo y aprovechó esos 15 días para, desdichadamente, darlo vuelta todo. Hasta ahí, el Museo en la planta baja tenía arqueología. Arriba, muy bien expuesta, aparte del taller, tenía una colección de etnografía americana. Además, al costado del jardín de atrás, en esa construcción de madera tenía expuesta Asia y África. ¡Pero a Lafón se le ocurrió levantar la Sala de Etnografía Americana del piso de arriba y transformarla en un taller arqueológico! ¡Hizo un quilombo, y el hecho fue que encajonaron la colección de etnografía americana quién sabe hasta cuándo! Volvió Palavecino de vuelta y se dio cuenta entonces de cómo estaban las relaciones. Aparte, también empezaron a pelearse Lafón y Bórmida, que antiguamente habían sido muy amigos y habían viajado juntos con Menghin a Misiones anteriormente.

En una palabra, fueron muchos los factores (que van desde el compromiso de la antropología a las disensiones personales entre los

estudiantes, las disensiones entre los profesores, o las reorientaciones políticas de la universidad y la facultad), los ingredientes que fueron contribuyendo a esta disgregación de la armonía inicial. Habría que pensar mucho más y buscar más información, atender más a las situaciones concretas. ¡Pero eso es muy difícil de hacer, así, de un momento a otro!

Arrastrado por la prehistoria de Bórmida, yo también me quise hacer prehistoriador. Mi tesis de licenciatura la hice con él y Casamiquela, el año 1962 en Río Negro. Era una tesina, como dirían ahora, la culminación de un cursillo de especialización en Prehistoria que rendí en julio de ese año. En diciembre rendí mis dos últimas materias, que era Antropología Filosófica y, si bien recuerdo, la otra fue Geografía Humana con la terrible ¿cómo se llamaba la petisita que enseñaba Geografía Humana? ¡Chiozza! ¡Una buena persona que antes le había arruinado el pastel a Menéndez! ¡Como Menéndez también se iba a recibir, pretendió dar libre Geografía Humana y, por supuesto, lo bochó!

No les conté, pero el año después de recibirme volví a la Municipalidad de Adrogué. Me había nombrado un amigo mío en la Dirección de Salud Pública. Ahí me acuerdo que hice un trabajo que nunca se publicó, está perdido pero era útil; era una correlación entre las tasas de mortalidad infantil y los lugares donde ocurría. Además, seguía trabajando como adscripto (como adscripto, no, creo que me dieron un cargo rentado) en la Facultad, en el grupo de prehistoria de Bórmida, que me sugirió entonces pedir un subsidio al Conicet para ir a ver los Tehuelche a la Patagonia.

Y en eso estábamos cuando un buen día, creo que fue por julio del 63, corrió la noticia en la Facultad de que había alguien de Santa Cruz que estaba buscando profesores para un Instituto de Estudios Superiores; era una adscripción de la Universidad del Sur allá en Río Gallegos, que tenía profesorado en historia y cosas así. Como yo tenía que ir a ver a los Tehuelche, me animé a ir y fui. De la experiencia de Río Gallegos, del año que pasé allí, prefiero no hablar demasiado. Porque, si bien hice algo con los Tehuelche, di las clases y dirigí un museo, lo único que me quedó de la experiencia santacruceña es un odio reforzado por los Kirchner y por todo lo que sea de la provincia de Santa Cruz, Dios me perdone. ¡Pero en la Patagonia ni calcé con la naturaleza, ni calcé con la gente, ni calcé... con lo único que calcé fue con las ganas de rajarme y así fue!

Antes había ido a la Primera Convención Nacional de Antropología, que se celebró en Resistencia en el año 65. Ahí conocí a un tal Edelmi Griva, que en esos momentos estaba organizando un censo indígena. Con ese Censo Indígena Nacional, salvo múltiples y reiteradas visitas a su sede de la Avenida de Mayo, nunca tuve nada que ver. Pero, en cambio, Edelmi Griva era técnico en la Comisión Nacional del Río Bermejo y me presentó allí. Griva era un argentino típico: simpático, entrador, puramente currador porque hablaba de libros fantasmales nunca escritos; mejor dicho, los daba como publicados pero jamás habían sido escritos. Indudablemente, él necesitaba a alguien que le obtuviera algunos resultados porque en la Comisión del Bermejo (enseguida me di cuenta) lo tenían muy entre ojos. Sobre todo, su presidente, el almirante Portillo, que cuando me conoció, y supo de mi vínculo con la Marina, le caí bien. ¡Gracias a Dios, porque Portillo era un aviador naval que fue el primero que voló en la Antártida en un famoso DC4 allá por los años 46 o 47! ¡Buen tipo,

jodido pero bueno, no le debo sino favores! Y me mandó al Chaco. El 28 de junio, justamente en el momento de la caída de Illia, yo estaba apoyado en un poste frente a un alambrado, con una Spica en la mano (una radio, de esas chiquititas de esa época), escuchando lo del golpe. Y la verdad que, así como desde la llegada detesté la Patagonia, también desde la llegada me enamoré del Chaco. Eso fue por el lado de Fortín Lavalle, creo. Pero a instancias de Griva, quien también participaba, inmediatamente nos fuimos a Miraflores y ahí empecé a trabajar con los Toba.

“El comportamiento de Bórmida comenzó a cambiar”

En 1967 me volvió a llamar Bórmida y me ofreció la posibilidad de volver a la facultad a dar Antropología Social. Con Sandra Siffredi armamos el primer curso de Antropología Social que se dio desde la órbita del Departamento. Perdónenme la inmodestia, pero creo que fue un curso ejemplar en relación con la antropología de su época y lo que se podía hacer en esos momentos. Ahí me sometieron a una especie de curso acelerado de ascensos, al estilo del de López Rega, de cabo 1º a comisario general de un solo saque. El director del departamento en esos momentos era Augusto Raúl Cortázar. Era muy reglamentarista y entonces dijo: “La primera designación tiene que ser como ayudante de primera, autorizado para dar clases teóricas”. Y así, cuatrimestre tras cuatrimestre, me pusieron sucesivamente de ayudante de primera, de jefe de trabajos prácticos y de adjunto interino desde que en 1968 empezó el curso de Antropología Social.

En 1969, siempre en la órbita de Bórmida, participé en esa famosa expedición al Río Pilcomayo, en la cual también estaba Califano y Tomasini. Ahí entró a hacer crisis la relación con Bórmida. Cuando escribí ese trabajo publicado en *Runa* (ni me acuerdo cómo se llamaba) sobre religión y mitología de los toba, el Tano realmente tuvo la generosidad de publicármelo sin corregir una coma, pese a que sus objeciones eran muchas. Su objeción básica era que no se fundaba en la fenomenología propugnada por él. Yo, la verdad, había estudiado algo de fenomenología (y había seguido leyendo) a partir de los cursos de Kogan. ¡Por eso tenía sentido hablar con Kogan, gracias a él nunca entendí que la fenomenología de Bórmida fuera realmente una fenomenología! La fenomenología es un análisis de la intencionalidad constituyente de los fenómenos, no una caracterización (en última instancia tipológica) de los hechos mentales o simbólicos, que era lo que hacía él. Y, desde entonces, pasaron dos cosas. Por un lado, tal vez con cierta ilusión que ahora juzgo excesiva, yo estaba demasiado jugado a lo que pudiéramos llamar “la omnipresencia del pensamiento lógico”, es decir, la posibilidad de acceder por la vía de la pura razón al simbolismo de las sociedades indígenas (ahora ya no creo más que sea así). Pero, por otra parte... al mismo tiempo que estaba cada vez más obsesionado con su paradigma que llamaba “fenomenológico”, el comportamiento de Bórmida empezó a cambiar. Yo les describí el Bórmida que habíamos conocido nosotros como alumnos: comunicativo, generoso, dialoguista. Pero, poco a

poco (es probable que esto haya tenido que ver con lo que pronto lo llevó a la muerte), parece haber sido afectado por una especie de esclerosis precoz, que lo mató a los 51 años y lo había hecho sumamente intolerante. Inclusive, me acuerdo que una vez contó en Garín una fantasía suya: una especie de sueño donde imaginaba ser una especie de rey del mundo a quien todos obedecían.

¿Qué había pasado con Bórmida? Cuando estallo el Proceso (cosa de la cual después supe enterarme por algunos muy metidos en eso), a Bórmida lo tenían entre ojos. Lo tenían entre ojos desde la toma de Garín que había ocurrido en épocas de Lanusse, y entonces se les ocurrió ir a buscarlo al CAEA donde no lo encontraron. Cuando se enteró, inmediatamente tuvo una crisis cardíaca. Siguiendo su consejo, se escondió enseguida en la casa de un vecino suyo, un oficial médico de la Marina. Por intermedio de él, luego consiguió aclarar la situación pero el trauma ya estaba hecho, quedó hecho pomada. Dejó de fumar. No tomaba mucho pero un poco tomada: dejó de beber, pero el daño ya estaba hecho. Volvió a la circulación. Tuvo entonces una serie de peleas inexplicables, incluso con su amigo del alma que era Mario Califano. Conmigo, cada vez más emperrado en sí mismo y en su fenomenología, la cosa llegó realmente a una crisis total. Hizo lo imposible para echarme del Conicet, pero fracasó por otras razones. Pero el hecho es que, dos años después, cayó en coma y murió a los 51 o 52 años.

“La etnografía es una conjunción de dos universos mentales...”

¿Cómo siguió después la historia? Hice la tesis doctoral, vino la Guerra de Malvinas, para la cual ya era muy viejo y no me convocaron. Fue lo mejor que le pasó a la República Argentina. Lamentablemente, la República Argentina no tomó clara consciencia de lo que significó eso. Pero, bueno, los argentinos son idiotas, no aprenden nada de nada, no aprenden nunca o, mejor, no aprendemos nunca.

¿Y qué más pasó? Terminó la Guerra de Malvinas y un buen día, siendo yo profesor a cargo de esa asignatura que se llamaba Etnología General, supe de un llamado a concurso para titular de Etnología y de unas cuantas cátedras más. Era promovido por Califano y el CAEA, sobre la base de una confusión del nombre o pseudo-nombre atribuido a cada cátedra. Entonces, formulé una ruda protesta ante el decano, que era Santos Gollan en esa época. Enseguida me inscribí en todas las materias a las cuales se había presentado concurso el CAEA y, además, le planteé el caso al rector de la universidad, Rodríguez Varela. Este era un caballero y se dio cuenta enseguida de que se trataba de una matufia repugnante. El hecho es que, cuando me vieron presentarme en todas las asignaturas llamadas a concurso, los del CAEA se retiraron y gané sin oposición el concurso de la mía. De las restantes también me retiré, no me interesaban. Así llegué a profesor titular de Etnología que, posteriormente, ya venida la pseudo-democracia (iba a decir que padecemos, ¡bien que podría haber sido una democracia!) se transformó en Antropología Sistemática III.

Buenos trabajos de campo míos fueron los de los años 71 y 73 en el Chaco Boreal (ahí descubrí a los Chamacoco), facilitados también con subsidios del Conicet durante la época de Bórmida. ¡Eso fue realmente mucho más importante que la experiencia anterior con los Toba! ¡La revelación del Chaco, del Chaco paraguayo, fue para mí fascinante, fascinante!

La vida del etnólogo es muy simple. ¡Ante todo hay que estar dispuesto a serlo! ¡Y una vez que uno está dispuesto a eso, lo primero que tiene que darse cuenta es que tiene que moverse con relación a la posibilidad material de hacerlo! No es lo mismo, obviamente, el caso de los arqueólogos (que por ahí disponen de un camioncito), o el caso de estos etnógrafos urbanos (a quienes les alcanza con tomar un colectivo, bajarse y después tomarse otro de vuelta), que el caso de los que vamos a lugares que, no quiero meter la pata, si bien no son ni mucho menos los más inhóspitos del mundo (la verdad es que la etnografía que hice fue una etnografía muy fácil), tienen sin embargo ciertos inconvenientes. No hay región en este mundo (habrá tal vez muchas otras) en la cual pese tanto el régimen climático como en el Chaco. Allí el ritmo de los días era muy simple: había que acordarse desde temprano de cargar el farolito de kerosene, única fuente de luz durante la noche; había que ocuparse de que los equipos anduvieran bien y de limpiarlos, ¡inmersos en un mundo de tierra! Había que ocuparse de potabilizar el agua y combatir las pulgas, ¡con ellas el mosquitero no sirve! Comía donde comían los indios y dormía en sus ranchos con ellos.

Yo no puedo disfrazarme de indio ni lo seré jamás. Pero sí puedo asumir que no soy una mala persona y vivenciar, cosa muy fácil, que son seres humanos, que sonrían, que tenemos con ellos muchos más códigos en común de lo que se supone, ya sea para las bromas, para la risa o, inclusive, para el disentimiento. En una palabra, debo partir de que soy un blanco que tiene que aprender el lenguaje, la arquitectura mental, de ellos. Y que, recíprocamente, ellos tienen que aprender de alguna manera algo del lenguaje mío porque, si no, sería imposible entendernos. ¡Eso es lo bueno, se trata de una especie de intersección, de conjunción, entre dos universos mentales la etnografía! Yo tengo que aprender por qué y cómo piensan ellos, pero ellos tienen que aprender a partir de qué premisas y supuestos les pregunto, por qué para mí es relevante cierto tipo de datos y no otros. Y sí, ¡que aprenden pronto!

Soy un occidental a la antigua usanza. Ante todo, soy un occidental que tiene que cargar con todas las culpas y, al mismo tiempo, con todos los méritos de Occidente. ¡No se olviden que el humanitarismo hacia el otro lo fundamos nosotros, no ellos! En una palabra, la autorecriminación la hemos fundado nosotros, no los otros. Nosotros se la hemos enseñado a ellos, que ahora nos la devuelven. Nunca podré dejar de ser un... Una vez me impactó mucho una frase que leí en esa revista que jamás debería ser mencionada, *Cabildo*, esa que en sus buenas épocas supo ser de un tipo muy inteligente como era Sánchez Sorondo. Esa frase decía que “para entender a los bárbaros había que ser muy romano”. En una palabra, para mí el etnógrafo es el caso opuesto al que describe *El Hablador*, esa novela de Vargas Llosa, ¿cómo se llamaba?, creo que *El Conversador*, o algo así: es la historia de un etnógrafo transido al fin totalmente en indio. Para mí, esa es la mayor traición a la etnografía. Está bien, uno puede convertirse en

cualquier cosa. Puedo hacerme loco, indio, negro, buriato, calmuco, lo que sea. ¡Pero eso no es etnografía!

Las justificaciones epistemológicas y éticas de la etnografía son varias. La principal consiste en la devolución de su dignidad intelectual y moral que, sin dudas, tienen todas estas civilizaciones. A los indios de América les vamos a deber tanto el descubrimiento o la domesticación de la quinina, el caucho, el chocolate, la papa o el tomate, como la revelación de una visión del mundo profundamente original, cuya metafísica es indispensable hacerla pública. Yo insisto continuamente en que, a diferencia de los occidentales –que tendemos a ser reiteradamente maniqueos–, las visiones indígenas de la realidad son radicalmente trágicas. Es decir, se trata de visiones centradas en la multiplicidad divergente de los aspectos de este mundo y en la confluencia solidaria de lo negativo con lo positivo. Eso es, que así como la irradiación solar puede tanto hacer crecer como calcinar a la vegetación, como dicen ellos: "La lluvia lo mismo la nutre que la pudre". Para nosotros, en cambio, o la nutre o la pudre; en este sentido, somos *digitales*. Tendemos a ser digitales los blancos. Se trata así de *malos o buenos*: los blancos son malos, los indios son buenos, ese es el verso.

Cuando éramos muy chicos, en la época de Bórmida, él nos decía que la antropología tenía que ser una opción de vida, que se asimilaba a un juego: toda una vida jugando con ese problema de la cultura humana. Y la verdad es que le hice caso; para mí, la antropología siempre fue una suerte de juego. A la par de que me dio muchas satisfacciones, fui siempre muy feliz con los indios: bromeando con ellos, charlando, incluso viviendo aventuras casi policiales con ellos. Me hicieron conocer algo de una América no solamente indígena, sino de esa América campesina que ya no existe más; acá, por lo menos, ya no existe más. ¿Acaso se hacen ahora entre nosotros bailes de 15 para las chicas? ¿Saben si se hacen?

En el Paraguay, el baile y la elección de la reina de ese baile para las chicas jóvenes, ¡ahí sí que es una institución que los indios copiaron de los criollos! Allá, por 1990 o 91, me había ido a El Potrerito. Era un lugar de esos adonde sólo se llega a caballo o con carreta de bueyes. ¡Pero por suerte, cuando no llovía, en seis horas se llegaba! ¡Era lindo! ¿Ustedes se dan cuenta? Había que pasar a caballo por una selva cerrada, donde hay que cuidarse de que algún árbol no nos saque la cabeza. ¡O, por palmares inundados, el espectáculo más bello del mundo! ¡Un palmar inundado..., el ruido de las patas del caballo, los camalotes, las palmas..., bellísimo sí!

¿Si soy feliz de ser antropólogo? Es muy difícil responder porque es una pregunta muy abierta. Simplemente les voy a decir (me da un poco de vergüenza pero lo voy a decir) de la emoción y la alegría conmigo mismo que sentí cuando, en ese primer viaje a los Toba, fui una de las dos o tres personas que levantamos a una indiecita tullida (una muchacha de 15 años tal vez) para subirla a una ambulancia. Sentí realmente... ¿cómo decirlo?... un afecto (en el buen sentido de la palabra) por ellos en ese momento, que nunca más se repitió pero esa vez sí. No sé si es una respuesta. Por lo demás, ya no me hace demasiado feliz, ni me acuerdo mucho, de eso de publicar. Ni tampoco de esa horrible cosa, que dos o tres veces me pasó, que es tener que presentar libros. ¡Esas cosas, esos ceremoniales tan adocenados, tan traídos de los pelos, como

son las presentaciones de libros, la verdad que no quiero repetirlos más!

¿Qué más decirles? No sé qué más... Donde está sentada usted, en otra época, se sentaba un chamacoco, Bruno Barra, quien pasó un mes viviendo acá. Había ido al Paraguay a dar unas conferencias y él quería venir a Buenos Aires. Yo tenía unos pocos manguitos del Conicet para volver con los Chamacoco, ¿y qué pasó? En el momento en que debía partir, se armó el despelote del asesinato de Somoza en Asunción. Obviamente, con la conmoción que había ahí, era imposible viajar. No era mucha guita. Cuando después fui a Asunción a dar esas charlas en la Universidad Católica, ahí vino Bruno Barras, quien era muy andarín y quería venir a Buenos Aires. Entonces le pedí permiso al Conicet (y me lo dieron) para usar esa guita para traerlo. Bruno Barras creo que ahora es diputado o, por lo menos, quería serlo. Pero conociéndolo, es muy fácil, muy posible, que lo hayan elegido. Ojalá. Es un tipo pragmático y codicioso; sin embargo, en el fondo creo que es agradecido. Pero puede ser muy jodido: si le haces falta, todo; y si no le haces falta, ni te saluda. Cosa que también me pasó con él, realmente ni te saluda. Sin embargo, años después me mandó una carta muy cariñosa, diciendo que se acordaba mucho de mí, que cómo estaba...

Los seres humanos somos así: dignos de ser comprendidos, digámoslo.